

Amalia Iglesias Serna



Amalia IGLESIAS SERNA (Menaza, 1962). Licenciada en filología hispánica por la Universidad de Deusto. Ha dedicado las tres últimas décadas al periodismo escrito y la gestión cultural: coordinadora del suplemento *Cultural* de *Diario 16* durante diez años, coordinó también la página de poesía “*Uni-versos*”, del suplemento cultural de *ABC*. Fue jefa de Redacción de *Revista de Libros*. Codirigió, junto con César Antonio Molina, la revista de poesía *La Alegría de los naufragios*. Y durante años ha sido colaboradora de *Zurgai*. Entre sus libros de poemas: *Un lugar para el fuego* (Rialp, 1985, premio Adonais en 1984); *Memorial de Amauta* (Endymion, 1988, premio Alonso de Ercilla del Gobierno Vasco en 1987); la plaquette *Mar en sombra* (Málaga, 1989); *Dados y dudas* (Pre-Textos, 1996, accésit del premio Jaime Gil de Biedma en 1995), y *Lázaro se sacude las ortigas* (Abada, 2005, Premio Villa de Madrid, 2006). Es coautora, junto con Lola Velasco del libro *Intravenus* (2003). Sus poemas han aparecido en diferentes antologías (*Las diosas blancas*, *Ellas tienen la palabra*). Preparó la edición de *Algunos lugares de la pintura* de María Zambrano. Es antóloga de *Poetas en blanco y negro* (Abada, 2006). En 2004 la Real Academia de Poesía de Córdoba le concedió la Medalla de Oro Don Luis de Góngora. En 2007 fue nombrada Presidenta Ejecutiva de la Comisión Nacional para la Conmemoración del Centenario de Machado en Soria. Es co-guionista, junto con Julia Piera, del documental: “*Antonio Gamoneda: Escritura y alquimia*” (2009). Actualmente y desde hace un año es editora de la *Revista de Occidente* y trabaja para la Fundación Mapfre en un proyecto de literatura en español.


Cauce, cueva, rito, brasa

Los poemas de Antonio Gamoneda parecen venir de una noche del sentido anterior a las palabras, fecundan en la oscuridad como si hubieran macerado su letanía en algún lugar remoto del origen, para luego venir a hacerse fuego: las brasas de la aurora. [“La luz hierve debajo de mis párpados”]. *Extravío en la luz*. Calor y cauce necesario de lo que amanece. Su poema es el mensaje excepcional que viene a decirse desde la incertidumbre de la voz, se reúne en catarsis de oraciones nuevas para despertar una semilla que, parece, hubiera estado enterrada en nosotros desde siempre. Porque sabe que “la geografía del final es blanca”, como lo fue la del principio, que todos hemos de volver a ese “territorio blanco abandonado por las palabras”, su lenguaje poético nos enseña a llenar y dar sentido a ese intervalo, nos dice que ir del silencio al silencio merece la pena si en el medio nos habitan un puñado de palabras verdaderas, dispuestas a incendiarse de sentido, a cargarse de memoria y a extraviarse en el olvido.

Arden las pérdidas, pero la luz es una cuna propicia en el horizonte. No es mal lugar la luz para extraviarse, pero antes el poeta pide que llueva. La lluvia como vida, como fertilidad, como abundancia, el agua que purifica el horror. Llueve contra el olvido, para que antes del silencio, antes de la luz, antes del sol que vendrá a evaporar los restos de esas presencias, el agua, como la palabra, entra en nuestra conciencia para reconciliarnos, edifica símbolos y rituales que nos modelan desde el barro que somos. El agua, el fuego, la luz y el barro escriben balbuceos en su tábula rasa. [“Detrás de la oscuridad están los rostros que me han/ abandonado”].

Los poemas de Antonio Gamoneda parecen ir a buscar su sed de ser en esa vibración de las palabras que nos consuelan de existir y nos reconcilian con nuestras contradicciones. “El escultor de sombras hunde sus manos en el silencio” en el continuo oficio de reescribir, de reparar lo que el tiempo erosiona y restaurar los daños de ese vivir expuestos. Recurrente, como el ciclo de los días, su palabra retorna de la oscuridad a la luz, se reescribe una y otra vez en constante evolución. La escritura fija la memoria, la reescritura desafía a la muerte de las palabras, las levanta de su ensimismamiento, las despierta para borrar lo que el tiempo fosiliza, vuelve a hacerlas transitables, intuye lo intacto [“esa tachadura bajo la que tendría que haber algo que desconozco y que conviene a la revelación”].

Poeta catártico, terapéutico, su lectura nos proporciona un bálsamo espiritual de salmo, de purificación de las pasiones. Hay algo en sus versos que hacen de él un bardo de los de antes pero con un lenguaje de nuestro tiempo, que confiere a su obra un significado trascendente: magia y vanguardia. Sus versos proporcionan una suerte de “felicidad verbal”, de salmodia acompañada a los latidos, sonidos que reproducen el ritmo antiguo de la sangre. [“No creo en las invocaciones pero las invocaciones/ creen en mí:”]. Allí donde nos lleva su palabra existe un yo que puede ser todos nosotros, pero no todos juntos, no apela a lo colectivo desde esa perspectiva, sino que todos es cada uno de nosotros, se dirige a nuestra individualidad en lo que nos une y nos separa. Aunque resulte paradójico, diríase que esa lente de aumento que el poeta aplica a la interioridad consigue llegar a las partículas comunes, a una inquietud donde se encuentra el núcleo genético de lo universal.



La voz del oráculo, el fognazo de lo revelado, el poder litúrgico de la palabra, su capacidad de sanación y catarsis, su reverberación de grito y de consuelo –tan denostados por quienes repudian todo lo que suene a trascendencia, todo lo que interrogue los senderos del alma– forman parte de la esencia de su palabra poética. Pero todos sus versos hablan de la realidad, de la tangible y de la intangible, todos tienen correlato referencial con su biografía y con la nuestra, amontonan memoria como el agua amontona sus estalactitas en la bóveda de una cueva. Dejan un poso en el paladar.

En otras ocasiones he escrito que Antonio Gamoneda es el poeta que hace tiempo se merecía la gran tradición de la poesía en lengua española. Porque desde esa postura de absoluta vanguardia, de riesgo verbal, consigue reconciliarnos con la tradición. Leerlo nos hace constatar que la palabra poética puede tener todavía la dignidad, la calidad y la hondura suficiente como para volver a instalar a la poesía en la órbita de los grandes poetas, alejados de cualquier tentación de banalizar el discurso poético. Frente a la “prosa del mundo”, Gamoneda defiende una tradición que protege lo sagrado y arraiga en lo misterioso, que no rebaja el discurso a fuerza de democratizarlo sino que lo eleva incidiendo en las zonas difíciles, en las zonas de sombra de la intimidad y la conciencia, allí donde parece tabú adentrarse es donde Gamoneda consigue iluminar la veta más preciada de su mensaje poético. Ese allí es el manantial de las emociones universales, y las razones del ser. Los versos de Gamoneda no repiten o reelaboran esa tradición de manera literal sino que la dicen con palabras nuevas y marcan sobre todo una actitud hacia la poesía, participa de esa corriente interna que vincula a unas pocas voces verdaderas realmente necesarias y capaces de transformarnos.

Y más allá o más adentro de las formas que los poemas tienen de decirse, en el centro mismo de su necesidad percute un tono moral, una actitud de consuelo para denunciar las injusticias y ponerse al lado del más débil. En un mundo que se dibuja cada vez más sin escrúpulos, la altura moral de la creación es más importante que nunca. Necesitamos modelos de dignidad y de honestidad que nos permitan restaurar la humanidad perdida, “intensificar nuestra conciencia” a través de la subversión del lenguaje. En los años de la posguerra Gamoneda encontró en la música blues “una mezcla de protesta y consolación”. En sus versos encontramos hoy esa protesta y esa consolación. Frente al sufrimiento, al frío, a la pobreza, Gamoneda es una linterna que ilumina cómo escribir en tiempos de penuria, como lo hicieron César Vallejo o Paul Celan, para no mirar hacia otro lado, para mirar de frente “la indefensión, la perplejidad o la intemperie”.

Leer a Antonio Gamoneda supone estar dispuesto a asomarse a ciertos abismos... interiores. No recomendable para quien le produzca vértigo asomarse a sí mismo. La recompensa es aproximarse a una suerte de quietud, de serenidad o de armonía que nos reconforta de vivir y nos consuela de tener que morir. Más cerca de la consolación que de la elegía. Se recomienda leer sus versos en voz alta, de ser posible en un lugar cerrado con buena resonancia: cueva, iglesia, madriguera, ascensor o refugio. La primera lectura en solitario. [“Todo es presagio. La luz es médula de sombra: van a/ morir los insectos en las bujías del amanecer. Así/ arden en mí los significados”.] Luego salir a campo abierto y compartir los versos con las personas con las que podrías compartir un vino o un abrazo, un pedazo de pan o una mirada cómplice. [“Los tres sentimos nuestra vida y la luz./ Los tres sentimos nuestras manos y la luz./ Los tres sentimos la luz, el silencio y las manos.”]

